

Elecciones presidenciales en Argentina 2003

Presidential elections in Argentina 2003

Ángel Rodríguez Kauth

Resumen

A partir de una apretada síntesis de lo ocurrido en Argentina desde la derrota de la Alianza gobernante –en diciembre de 2001– se hace la lectura del resultado de las elecciones presidenciales de 2003. Sobre ellas se hace un análisis político no sólo del resultado de la primera vuelta, sino también de las vicisitudes que se sucedieron previo al *ballottage* –que no pudo realizarse por la renuncia de Menem a participar en él– y las posibilidades de gobernabilidad de las nuevas autoridades.

Palabras clave:

Elecciones; Gobernabilidad; Candidaturas; Renuncia; Economía.

Abstract

Beginning with a concise overlook of the events in Argentina following the defeat of the governing Alliance –in December 2001– this extract focuses on the results of the 2003 presidential elections. In this connection, a political analysis is performed not only of the first-round results, but also of the events prior to the *ballottage* –which could not be carried out as a result of Menem’s refusal to take part therein– and the possibilities of governance for new authorities.

Key words:

Elections; Governance; Candidacies; Resignation; Economy.

Recibido: 17-06-2003

Aprobado: 07-07-2003

DICIEMBRE 2001 - ABRIL 2003

Argentina, 27 de abril de 2003. Luego de los más variados avatares institucionales, cuya fecha de comienzo puede ser fijada de un modo tentativo, aunque arbitrario, en los días 19 y 20 de diciembre de 2001, cuando el pueblo de Buenos Aires –acompañado por el del interior– salió a las calles a exigir el desplazamiento del (des)gobierno del autista presidente Fernando de la Rúa, él y su equipo gubernamental arrastraron al país a la mayor crisis política, económica, social y hasta moral que recuerda la historia de casi 200 años de vida independiente –dentro de los espacios institucionales regidos por la Constitución Nacional y obviando los períodos de dictaduras militares, siempre acompañados por civiles que pretendieron sacar frutos personales de la coyuntura– los que se cumplirán en el año 2010.

Por aquellos días el pueblo llano se expresó con los célebres “cacerolazos” (Pereyra, 2002) bajo la consigna unificante de que *se vayan todos*, en alusión no solamente a los dirigentes políticos de la Alianza UCR-Frepaso gobernante desde 1999, sino incluyendo a los dirigentes políticos de cualquier extracción que tuvieran algún tipo de representación parlamentaria, a los que debían acompañarlos los dirigentes sindicales, los operadores económicos y los magistrados judiciales –comenzando por los de la Suprema Corte de Justicia de la Nación– que habían demostrado una ínclita vocación por obedecer los mandatos de la “clase política” (Gramsci, 1949), tanto gobernante como del arco político opositor. Como consecuencia del fervor puesto por los magistrados de la Corte en crear una fuerte relación de dependencia con el poder político, hubo un intento parlamentario por someter a juicio político a sus miembros durante el interinato presidencial de Duhalde, mas el mismo no prosperó. Con el actual gobierno encabezado por Kirchner se puso en marcha un nuevo proceso –esta vez individual, es decir, contra cada uno de los magistrados en el ámbito de la Cámara de Diputados–, el que en julio de 2003 ya provocó la renuncia del presidente del Tribunal de Justicia –Julio Nazareno– y se ha iniciado en el mismo espacio un nuevo juicio político contra otro de los miembros de la llamada “mayoría automática”,¹ que respondía a los intereses del menemismo.

A modo de apretada síntesis, señalaremos que entre los diez días indicados y el 1º de enero de 2002, Argentina tuvo la friolera de cuatro presidentes. A la renuncia

¹ Nombre eufemístico e irónico con que se conoció a los cinco magistrados –de los nueve que componen el Alto Tribunal– que durante la década menemista dictaban sus fallos en virtud de las demandas del poder político y no en función “de derecho”.

de De la Rúa, le sucedió el presidente provisional del Senado,² el justicialista Ramón Puertas, quien inmediatamente convocó a la Asamblea Legislativa para que eligiese un reemplazante por el período de dos años que restaban por cumplir. Fueron jornadas ajetreadas, tanto dentro del ámbito legislativo para ponerse de acuerdo en el nombre del sucesor como también en cuanto al protagonismo popular en las calles. El pueblo se sintió por primera vez en muchos años soberano y comenzó con el ejercicio de asambleas horizontales que no solamente se proponían no abandonar la bandera de que “se vayan todos”, sino la forma en que debería hacerse el reemplazo de aquellos que debían irse. Si se quiere, desde una lectura eminentemente jurídica, se estaba viviendo un clima de anarquía, mientras que desde una lectura sociológica era de anomia y, desde una perspectiva política se trataba de una nueva forma de expresar el testimonio de la “bronca” que embargaba al pueblo –ya expresada en las elecciones parlamentarias de octubre de 2001 (Rodríguez Kauth, 2002)– por la ola de desaciertos y traiciones a las que fue sometido.

Reunido el Parlamento en Asamblea Legislativa, bajo la presidencia del senador Puertas –quien estuvo sólo desde el 20 al 23 de diciembre a cargo del Poder Ejecutivo–, aquélla nominó al entonces gobernador de San Luis, Adolfo Rodríguez Saá, para ejercer la primera magistratura el 22 y asumió el cargo el 23 con el compromiso de llamar a elecciones presidenciales en un plazo perentorio de no más de 90 días para completar el período dejado vacante por De la Rúa. Ésa fue una condición impuesta por sus aliados justicialistas en la Asamblea que era dominada por la presencia de los mismos. Sin embargo, éste, en su discurso de asunción ante la Asamblea, mostró tener consigo un plan político de mucho mayor alcance que podía considerarse desde dos lecturas: a) no pensaba cumplir con lo acordado tras bambalinas con sus “compañeros” peronistas y se mantendría en el poder hasta diciembre de 2003, o b) cumpliría con lo pactado pero produciendo actos políticos que lo catapultarían necesariamente como candidato a la presidencia dentro de los tres meses pactados, con serias posibilidades de destruir las aspiraciones de poder de quienes en el Partido Justicialista habían sido los artífices de una maniobra que daría legitimidad a un nuevo gobierno que finalizaría el período presidencial de cuatro años. Sin dudas que tal estrategia fue alentada por el justicialismo de la provincia de Buenos Aires, cuya cabeza visible era la de E. Duhalde, quien en 1999 fuera derrotado por De la Rúa, como consecuencia de que aquél traía consigo el arrastre de las manchas de lo que se llamó el menemismo. Tal estrategia apuntaba a mantener una figura títere en el gobierno para que pasados los tres meses comprometidos se hiciera un nuevo llamado a elecciones en el cual

² Desde mediados de 2002 no existe la figura de Vicepresidente, ya que C. Álvarez renunció en un gesto patriótico ante la imposibilidad de acompañar los desatinos a los que conducían al Presidente el grupúsculo de “amigos” que le rodeaban en las prácticas de la institucionalidad desvirtuada (Rodríguez Kauth, 2003).

Duhalde sería el candidato indiscutido del peronismo y con las mayores posibilidades de triunfar en las nuevas elecciones.

Entre las medidas anunciadas –en su discurso de asunción– por Rodríguez Saá ante el Parlamento, quizás fue el anuncio de la cesación de los pagos de la deuda ante la banca acreedora externa la que causó mayor conmoción. Esto es por dos razones: a) política. En el momento de su anuncio recogió una ovación como hacía mucho tiempo que no se escuchaba en el recinto. Esto no fue casual ni producto de una reacción meditada por parte de los legisladores ni del público asistente, sino que fue la consecuencia de una respuesta “visceral” que transitaba –y aún transita– por el ánimo de la mayoría de la población que se resiste a continuar, siendo esquilmada en su patrimonio, tanto en el macroeconómico como en el microeconómico, por las demandas perentorias de cobro de organismos transnacionales que representan los intereses de la banca y las finanzas extranjeras, en especial del FMI y el BM. b) Económica. Los intereses que se veían afectados con ese anuncio eran demasiado poderosos para dejar pasar tal resolución sin comenzar de modo inmediato a realizar movimientos políticos que terminaran rápidamente con algo que los afectaba de manera tan grosera.

No puede dejar de recordarse en este punto que Rodríguez Saá levantó una bandera muy cara para el imaginario social de la mayoría poblacional que habita en el territorio argentino, llegando a escamotearle la misma a los sectores más radicalizados de la izquierda vernácula que desde hace más de 30 años luchan en pos de aquella.³ Esta maniobra política del Presidente Interino provocó, luego de una descarga visceral, una realineación de los cuadros peronistas tradicionales que lo vieron como un dirigente peligroso a sus intereses, ya que podía convertirse en un nuevo Perón con dicha propuesta, lo cual echaba por tierra los planes políticos de mediano y largo alcance para el cual había sido designado. Es decir, “el Adolfo” –como comenzó a conocerse popularmente en el ámbito nacional– metió miedo (Rodríguez Kauth, 2003b) a quienes movían los hilos políticos y financieros del país, algo que resultaba imperdonable para ellos.

Asimismo, en las primeras 72 horas de gobierno tomó otra serie de medidas que venían a satisfacer los reclamos populares de reformar y hasta anular privilegios de la “clase política”, tales como fijar un salario máximo para todos los funcionarios, que no podía superar al que cobraba el Presidente, el cual fue reducido de

³ Personalmente, por vivir en la misma provincia de la cual era gobernador Rodríguez Saá, puedo dar testimonio de que fui acosado por dos dirigentes amigos de dos organizaciones de izquierda –desde Buenos Aires– preguntándome de dónde había salido este tipo, que tan alegremente les “robó” el discurso de la cesación de pago de la deuda externa.

cifras ignoradas –debido al perverso rubro de “gastos reservados– a una suma de solamente tres mil pesos, a lo cual deben añadirse otras medidas como retirar los vehículos oficiales a los funcionarios y ponerlos a la venta en subasta pública para recaudar dinero con el cual atender a la afligente situación social por la que pasaba el pueblo todo. Asimismo clausuró todos los teléfonos móviles de los funcionarios gubernamentales y legislativos, a la vez que limitaba el número de personal auxiliar que aquéllos disponían. Es decir, se estuvo ante una reforma –hasta ahí solamente cosmética– del Estado, pero que contaba con amplio aval popular que desde hacía años la reclama. Todas esas medidas fueron hechas por decreto, pero no se dude de que los legisladores no podrían oponerse a ellas cuando se tratasen en sus recintos, dado el profundo clima de efervescencia social que se vivía bajo la consigna de *que se vayan todos*.

Rodríguez Saá tuvo la oportunidad histórica de convertirse en un nuevo dirigente carismático si se hubiese apoyado en las manifestaciones populares que lo avalaban. Quizás –con algo de imaginación puesta en el poder, aunque bien es cierto que en el poder no existe aquella imaginación reclamada por los jóvenes franceses de mayo de 1968– hasta podría haber protagonizado un nuevo 17 de octubre si hubiese convocado al pueblo a expresar el apoyo tácito en una manifestación multitudinaria en la Plaza de Mayo y el interior del país. Pero esto que estoy sugiriendo es pura metafísica;⁴ la realidad es que se dejó llevar por una toma desenfrenada de resoluciones que en 72 horas produjeron un vuelco de 180 grados en la estructura política nacional que desde el pueblo movilizado eran vistas con buenos ojos, pero, simultáneamente, se preocupó más por atender a la “interna” de su partido que por las repercusiones que sus actos tenían frente a la población.

Así fue como en pocos días resultó víctima de persecuciones personales y familiares –en términos de amenazas– y a una semana de haber asumido la Presidencia tuvo prevista una reunión –una suerte de conciliábulo– con todos los gobernadores justicialistas en una playa veraniega de la provincia de Buenos Aires donde se alojan los presidentes. Grande sería su sorpresa cuando al llegar al lugar descubrió que ni siquiera había electricidad y que habían faltado a la cita la mayor parte de los convocados. Es decir, no pudo dejar de leer el mensaje de que había sido aislado. Por ello es que inmediatamente viajó a su provincia, desde donde anunció su renuncia, denunciando la situación de desamparo en que se encontraba. Mas ya era tarde como para pretender que a 800 kilómetros de la metrópoli porteña se lograra una movilización popular en su favor. Por ello es que anteriormente señalé que perdió una oportunidad histórica de producir reformas que el país reclamaba a voz en cuello.

⁴ En el sentido aristotélico, de estar más allá de la física, es decir, en el de los hechos concretos.

Ante la negativa de R. Puertas de reasumir la conducción provisional del país, el orden sucesorio constitucional llevó a ocupar el cargo al presidente de la Cámara de Diputados, Eduardo Camaño, quien asumió el 31 de diciembre y convocó a la Asamblea Legislativa para el 2 de enero de 2002 con el fin de elegir a quien tendría la responsabilidad de conducir el destino de la nación por casi dos años. De tal suerte, la Asamblea –por amplia mayoría– acordó que el senador Eduardo Duhalde ocupe la Primera Magistratura, lo que en su momento los votos del pueblo le negaron en 1999.

Duhalde tuvo una dura tarea a enfrentar, la que se presentó fundamentalmente en lo económico, pero, como no podía ser de otra forma, con ramificaciones sociales, políticas e inclusive morales. También cometió la imprudencia de garantizar en el discurso de asunción promesas con sentido efectista, las que no podría cumplir si no era con un fuerte enfrentamiento al *establishment* financiero que ya había movido las piezas del gran tablero de ajedrez en que convirtieron al país donde por los escaques –o casillas del tablero– eran movidas las piezas, aunque todas ellas con el criterio con que se mueven los peones. Sus palabras, de las que aún debe estar arrepentido, fueron “a los ahorristas se les devolverán sus depósitos en la moneda original en que los hicieron, si depositaron dólares se les darán dólares y si depositaron pesos se devolverán pesos”. Tales dichos tuvieron el sentido de salir al cruce del estado de efervescencia social que se manifestaba en la población toda, sin diferenciación de clases sociales.⁵

No caben dudas de que Duhalde tenía toda la intención de finalizar el período y, más aún, presentarse en las elecciones previstas para octubre de 2003. Sin embargo, su afán por asentarse en métodos de intimidación utilizados en política por sus adláteres bonaerenses y la concomitante facilidad con que a ellos se prestaba la policía provincial, produjo un episodio que trastocó sus planes de perpetuación (Svampa y Pereyra, 2003). En julio de 2002 fueron asesinados a sangre fría dos militantes piqueteros en una manifestación de repudio al hambre a que se sometía al pueblo. Esto provocó una reacción en cadena adversa y la movilización inmediata

⁵ Quizás esta afirmación pueda parecer atrabiliaria y hasta incompatible con la tradición política e ideológica que en lo personal recorro desde hace años, pero la realidad es incuestionable y hemos tenido oportunidad de observar en los episodios de diciembre de 2001, que dieron por tierra con el gobierno del tándem, de la Rúa-Cavallo, que fue incuestionable observar cómo el proletariado apoyaba a sus patrones –tradicionalmente los explotadores– en sus reclamos de recuperar los depósitos bancarios luego de instalarse el “corralito” que se los confiscó. Esto no obedeció a una espontánea alianza de clases que se produjo por arte de magia, sino que los primeros observaron que no solamente no podían cobrar sus salarios, sino que también las empresas debían bajar sus persianas por estar incapacitadas de afrontar los gastos operativos de aquéllas. A su vez, los segundos dejaron de ver en los trabajadores a meros enemigos de clase, para considerarlos –parcialmente, tampoco es cuestión de exagerar– personas que también tenían reclamos legítimos y respetables para levantar y que hasta eran compartidos por ellos (Rodríguez Kauth, 2002b).

de amplios sectores populares que todavía no se habían desmovilizado –como veremos más adelante– y Duhalde se vio obligado por las circunstancias a adelantar el llamado a elecciones para marzo próximo, bajo la formal garantía de no presentar su candidatura. Esto de alguna manera atemperó los ánimos caldeados e hizo que pudiera preocuparse más por gobernar que por hacer política; dicho esto en el sentido de “politiquería”, ya que gobernar es construir espacios políticos.

Pese a todo, el desvelo político de Duhalde era que en las elecciones internas del justicialismo triunfara su enemigo Menem y así fue como llevó a cabo la última maniobra del aparato partidario para evitar que esto ocurriera, cuando convocó a un Congreso nacional del justicialismo –dominado por sus huestes– en donde se logró fracturar al peronismo,⁶ y que el Partido concurre a las internas de marzo con tres candidatos que representaban distintas líneas internas irreconciliables entre sí. Una de ellas –el Frente de la Lealtad, construido por Menem para poder presentarse como partido nacional; la otra fue la de Rodríguez Saá –que la comenzó a delinear ni bien renunció a la Presidencia, con el nombre de Movimiento Nacional y Popular– y una tercera en construcción que debería encabezarla un delfín de Duhalde designado para el efecto –Frente para la Victoria– pero que luego de arduas tratativas ninguno de los señalados con el dedo del poder tuvo *background* suficiente entre la población o que directamente rechazaron la oferta. En definitiva, el nombre recayó en el actual gobernador de Santa Cruz, Néstor Kirchner, quien no fue improvisado en el tema, ya que desde hacía tiempo había lanzado su postulación con el apoyo invaluable de su esposa, quien es una de las pocas senadoras nacionales que tienen escaso cuestionamiento entre la población llana y que a la vez goza de mayor credibilidad. Pese a ello, no ha dejado de considerársele un candidato vicario en cuanto no actúa por su cuenta, sino por órdenes de Duhalde y su aparato político.

De esta forma, el menú electoral de la ciudadanía se vio –de hecho y desde una mirada parcialmente ingenua aunque no exenta de realismo en tanto y cuanto se dirimiría la elección final entre dos candidatos de la misma extracción política–⁷ reducido a participar en una compulsa que en últimas instancias era una interna peronista pero en elecciones generales. Esto debido a que de esa extracción política eran los tres candidatos que aparecían con mayor cantidad de adhesiones en los estudios demoscópicos que se venían realizando desde finales de 2002.

⁶ Algo que desde la muerte de Perón es un hecho incuestionable (Halperin Donghi, 1994), pero que nunca se tradujo de manera tan elocuente.

⁷ Con una visión más amplia se puede advertir que si bien es cierto que esto era así, también en la realidad fue obligado a elegir entre dos diversas formas permitidas de hacer y comprender la política partidaria.

Esto no significó que los otros partidos no se presentaran, aunque sí lo hacían con menores chances. Así, la Unión Cívica Radical se dividió con tres candidatos: el oficial que llevaba las siglas tradicionales de la UCR y que luego de una vergonzante elección interna⁸ terminó por consagrar como candidato al diputado nacional L. Moreau, aunque no figurara en los sondeos previos con un caudal superior a 1 por ciento; por otra parte, la diputada nacional por el Chaco –Lila Carrió– ya desde el gobierno de la Alianza mostró su ánimo separatista y posteriormente creó su propia agrupación –ARI–, la cual la tuvo como protagonista de un liderazgo carismático entre sus seguidores, que se asentaba en un discurso fundamentalista en el que se presentaba como la única poseedora de la “Verdad”, ocupándose de denunciar “negociados” hechos en las administraciones de Menem y De la Rúa, como asimismo los de Duhalde, y que con ello se podrían resolver los agobiantes problemas que acuciaban a los habitantes, además de mostrarse dominada por profundos delirios místico-religiosos (Majul, 2002). Finalmente, el Ministro de Defensa de De la Rúa –R. López Murphy– y con un triste y breve paso por la cartera de Economía en 2001, también formó su propia agrupación –Recrear– que tuvo por objetivo capturar la intención de voto de los sectores medios –o mediocres (Ingenieros, 1913)–, rescatando los postulados, de manera discreta y sin aludirlos explícitamente, para evitar susceptibilidades que lo identificaran de manera directa con su tránsito por el gobierno de la Alianza UCR-Frepaso y que no eran otros que la lucha contra la corrupción y en favor de la transparencia ética en la gestión gubernamental. Esta candidatura creció de manera notable en las mediciones de intención de voto durante los dos meses previos a las elecciones del 27 de marzo, llegando a ubicarlo algunos analistas como el tercero en discordia que podría entrar a disputar la segunda vuelta –o *ballottage*– con Menem o con Kirchner, quienes aparecían como los protagonistas más seguros de ser candidatos triunfadores.

Vale hacer notar que las propuestas en cuestiones económicas y de seguridad pública, las de Menem y las de López Murphy, no ofrecían mayores diferencias en cuanto a que ambos proponían el retorno a la política de protección de los intereses financieros transnacionales, con la consecuente destrucción del aparato productivo interno, el que levemente se recuperaba con las medidas económicas tomadas por Duhalde. A su vez, ambos concordaban con que se debía terminar de modo inmediato con las movilizaciones “piqueteras”, las cuales no permitían la plena vigencia de la legalidad que reclamaba la burguesa vernácula, en tanto Kirchner, Rodríguez Saá y Carrió proponían un plan de desarrollo y crecimiento sustentable, alentando a la

⁸ Plagada de denuncias de fraude por los dos aspirantes a encabezar la fórmula partidaria, lo que llevó a tener que replicar las elecciones en tres distritos.

producción nacional con nuevas fuentes de crédito y una revisión de la deuda externa con los organismos transnacionales, la que sume al país en una sangría de divisas que dilapida el esfuerzo de los trabajadores y productores nacionales.

Ellos fueron los seis candidatos que se perfilaban con serias posibilidades de disputar la segunda vuelta para elegir al que sería el Presidente. ¿En dónde quedó aquella consigna de *que se vayan todos*? En el arcón de los recuerdos. La realidad demuestra que el menú electoral sólo permitía elegir un “vuelvan todos los que quisimos que se fueran” con sus caducas prácticas de interpretar la política. La izquierda nativa se encargó de desactivar las asambleas populares y barriales que exigían figuras nuevas en el quehacer político y hasta la disolución del Parlamento y la Suprema Corte de Justicia.

El episodio merece una consideración especial. En las asambleas tenían prohibido acceder quienes representaban a los partidos tradicionales que tanto daño le hicieron al país en los últimos años. Sin embargo, los dirigentes de la izquierda eran bien recibidos, ya que se los percibía como una alternativa válida en tanto y cuanto apoyaban sin tapujos esas movilizaciones populares. Pese a ello, las profundas diferencias dogmáticas (Paz, 1998) que separan a las diferentes organizaciones de izquierda produjeron un efecto de cansancio y hasta de hartazgo entre los asistentes a las asambleas, que no pudieron dejar de observar cómo eran utilizados con fines espurios que trascendían a los que los habían convocado.

Este clima político en el que, por un lado, ya se anticipaba que las elecciones serían dirimidas por candidatos justicialistas que representaban “más de lo mismo” y, a la vez, la desmovilización a que había sido llevado el protagonismo popular, condujeron a que se produjese una suerte de desinterés generalizado, de apatía, por el proceso electoral que se convocó. Esto recuerda unas palabras del literato alemán Günter Grass en una entrevista concedida en 2001 a la TV alemana, en la cual decía que “Para mí, la política es una parte sumamente importante de la realidad, ignorarla es también un acto político”. Y éste fue el acto político –rayano con la anomia política– al que se dedicaron los argentinos, más seducidos con los avatares de lo que ocurría con la invasión a Irak por parte de Bush y compañía, que con lo que sucedía puertas adentro.

Por otra parte, vale recordar que los candidatos que presentaba la izquierda para las elecciones también eran fieles representantes de la vieja clase política despreciada por el pueblo. Reapareció a la octogenaria y decrepita –no es un eufemismo, físicamente lo está– figura del diputado Alfredo Bravo por la socialdemocracia; la de la diputada Patricia Walsh por la coalición Izquierda Unida, que es el

nuevo nombre adoptado por el tradicional Partido Comunista⁹ y el del diputado –de la Ciudad de Buenos Aires– J. Altamira, representando al trostkismo.¹⁰ Es decir, tampoco hubo alternativa de figuras nuevas pese a que se habían comprometido a ello en sus encendidos discursos. Quizás, el más talentoso dirigente respecto a tener ideas de cómo superar el estado de crisis cuasiterminal, fue el diputado nacional Luis Zamora, que prefirió no presentarse a elecciones cuando en las encuestas de mediados de 2002 se perfilaba como una de las figuras más creíbles y honestas para el electorado.

El politólogo S. De Piero (2003) acertó al afirmar, antes de los comicios, que “Cada elección de autoridades despierta distintas dimensiones de la vida política nacional: expectativas, promesas, alianzas, rencores y, muchas veces, también apatía”. Efectivamente, todo ello apareció en el escenario preelectoral, especialmente la última, y su presencia ineluctable se debe al error que comete dicho autor en el párrafo siguiente al sostener con idéntica contundencia que este proceso electoral es “... una muestra del influjo del proceso abierto, es la dispersión de votos en un sistema históricamente bipolar”. Esto no se produjo en modo alguno, si bien los candidatos con opciones de entrar en el *ballottage* fueron varios, eso no significa que haya existido una dispersión de votos en la bipolaridad que caracteriza al menú electoral. No solamente todos ellos fueron más de lo mismo, sino que representaban intereses semejantes –aunque con matices que los diferenciaban– en el espectro político, económico y social argentino.

Es que en los discursos electorales de los candidatos hubo demasiado contenido de promesas, las cuales despertaron expectativas a partir de alianzas y rencores por abandono de supuestas lealtades; mas lo que no hubo fue contenido de “ideas” en el entrecruzamiento de acusaciones, reproches y promesas. Tuvimos que soportar nuevamente la “caída del pensamiento” (Rodríguez Kauth, 2000) en tanto nadie fue capaz –de entre los candidatos con expectativas de triunfo más o menos certeras– de expresar un contenido ideológico que trascendiese la pragmática de la promesa fácil.

LOS RESULTADOS ELECTORALES DE ABRIL DE 2003

Antes de entrar de lleno al análisis de los resultados, es preciso advertir que la opinión pública fue objeto de una manipulación espuria por parte de los candidatos

⁹ Quienes presagiaron que superarían el millón de votos, y se dieron con un palmo de narices al contar sólo un tercio de ellos.

¹⁰ El que calculaba cerca de 700.000 votos y alcanzó algo menos de una cuarta parte.

con mayores pretensiones de éxito, los analistas políticos y los medios de comunicación masivos que transmitían tales estrategias. La misma consistió en convencer al electorado de que debía votar “en positivo”, es decir, dejar de lado el “voto bronca” que caracterizó las últimas elecciones parlamentarias de 2001 para así evitar que ganara el “mal peor”. ¡Como si el pueblo fuese un esclavo del “mal menor” y tuviese que contentarse con una expresión electoral bastarda y hasta prostituida! Es obvio que todas las alusiones apuntaban a no desperdigar el voto peronista entre Kirchner y Rodríguez Saá, lo cual favorecería las posibilidades de Menem, como una forma de alejar “el mito del eterno retorno” (Frazer, 1911; Eliade, 1949). Respecto a Menem, vale hacer una consideración a tener en cuenta para la segunda vuelta. Si bien la mayoría de las encuestas preelectorales lo daban como seguro ganador en primera vuelta, con un piso de 25 por ciento y un techo de 30 por ciento, también es cierto que es el político que concitaba los mayores “odios” de la mayoría poblacional, a punto tal que su nivel de rechazo superaba el 65 por ciento.

Esto llevó a un encuestador –A. López, con mucho sentido del humor– antes de la primera vuelta a preparar distintos escenarios electorales para la segunda. En uno de ellos colocó a Menem y a Moreau, encontrando como resultado que éste ganaría con buena diferencia a Menem. Es de hacer notar que cualesquiera fuesen los escenarios imaginados por todos los encuestadores, lo daban como perdedor a Menem, sin importar quién sería su rival. Pese a ello, los distintos operadores políticos procuraron sembrar el miedo en el electorado, como una forma de que Menem no ganara con apreciable ventaja, la cual –argüían– haría que la masa electoral peronista se encolumnara detrás de aquél en el *ballottage*.

En cambio, lo que nada dijeron los analistas era del peligro que en la segunda vuelta entrara López Murphy, quien crecía de modo acelerado en las encuestas pero que no ofrecía diferencias notorias con respecto a Menem y cuyos programas económicos eran prácticamente calcados. Es precisamente a eso a lo que le tuvo miedo el pueblo llano, quien a la hora de emitir su voto –aun sin ser peronista– lo hizo por Kirchner como una forma de tener una alternativa “algo” diferente para la segunda vuelta.

De tal manera, el resultado final provisorio arrojó una diferencia de aproximadamente dos puntos para Menem (24 por ciento) sobre el otro rival peronista (22 por ciento). López Murphy entró tercero con casi el 17 por ciento, mientras que Carrió logró el cuarto lugar con algo más del 14 por ciento y Rodríguez Saá –acompañado en la fórmula electoral por un radical de antigua cepa– lo hizo quinto con una pequeña diferencia desfavorable respecto a su antecesora.

A todo esto, de los candidatos de la izquierda ninguno de ellos superó individualmente el piso de 2 por ciento y, sumados, no lograron llegar a 5 por ciento. La derrota, producto de desavenencias entre quienes debieran atacar a los enemigos ideológicos pero que se preocuparon más en la campaña electoral por agredirse entre sí, fue elocuente y no deja lugar a dudas acerca de que pareciera que en Argentina –como en otras partes– “para un zurdo no hay nada peor que otro zurdo”. Lo tragicómico de esto es cómo se pretendió leer la derrota en, por ejemplo, palabras del candidato del trostkismo el que acusó a las elecciones de burguesas e imperialistas, pero a la hora de tomar una decisión valiente por la abstención, como proponían sus correligionarios piqueteros del Polo Obrero, prefirió saborear las mieles de la figuración y no dejó de participar en aquello que luego denigra. Inclusive, sus acólitos llegaron a acusar a Izquierda Unida de haber tenido el delirio de que el fenómeno Lula en Brasil pudiese ser contagioso entre nuestros electores. Vale decir, la culpa de las derrotas siempre la tienen los “camaradas” y no los errores estratégicos que mantiene incólume la división de la izquierda.

En cuanto al centenario radicalismo, hizo la peor elección de su historia, recogiendo algo menos de 3 por ciento de los votos. Su piso histórico de 30 por ciento se alejó buscando aires nuevos, como fueron los de López Murphy, Carrió y el mismo Rodríguez Saá, quien estaba acompañado por un dirigente radical en su fórmula presidencial. Ni siquiera llegó a alcanzar el 4 por ciento que le auguraron algunos encuestadores generosos. Es que a la hora de la verdad, el pueblo no pudo olvidar el desastroso gobierno de De la Rúa y de alguna manera fue capaz de intuir la compulsión a la repetición del fracaso (Falcón y Rodríguez Kauth, 2003) que caracterizó las gestiones gubernamentales del radicalismo en los últimos 70 años. En última instancia, da la impresión de que los radicales están más cómodos en el papel de oposición que en el de gobierno (Luna, 1993). Su presentación comicial obedeció más que nada a dos factores: a) no dejar de estar presente y b) contar fehacientemente el caudal electoral que conservan. Lograron ambos objetivos pero a costa de un serio replanteo que se hace en sus filas de continuidad como partido. Hasta el mentor número uno –el ex presidente Alfonsín– afirmó que tendrían que echar a los radicales que no votasen a Moreau, lo cual de hecho ya se produjo debido a que se han alejado por su voluntad y sin necesidad de que los echen.

Al término del recuento de votos provisional –conocidos los resultados indicados–, se pudo observar el nerviosismo que los mismos produjeron en Menem, ya que inmediatamente salió a buscar el apoyo de los electores de Rodríguez Saá. Esto, pese a que antes de la primera vuelta acusó al caudillo de San Luis de haber buscado su apoyo a las tres de la mañana luego de infausto episodio de su vida privada en que fue violado y vejado en un hotel de citas; a más de haberlo acusado de que en menos de una semana de gobierno su gestión fue humillante para el país al haber declarado la cesación de pagos internacional. Menem, el siniestro

personaje con que se había querido asustar al electorado, ahora fue invadido por el miedo de perder por primera vez en su longeva vida política. También intentó por el lado de López Murphy un acercamiento –dadas las coincidencias programáticas– pero fue rechazado por éste con un sólido argumento que debiera ser ejemplar para los políticos que creen ser dueños de la voluntad de quienes en una oportunidad los votaron, diciendo que sus electores no eran sus vasallos y que él no tenía autoridad alguna sobre aquéllos como para obligarlos en una dirección de voto para la segunda vuelta, lo cual habla no sólo favorablemente de él, sino de que en Argentina se está terminando con la tradición de los “votos cautivos” que eran digitados por sus líderes a su antojo, una auténtica prueba de madurez política del electorado.

En cambio, Carrió, si bien no hizo acuerdo alguno con Kirchner, aseguró que su partido jamás votaría por Menem, dando por descontado que apoyarían al primero. Por su parte, Rodríguez Saá intentó cerrar un acuerdo con Menem, pero fue inmediatamente desautorizado por los máximos dirigentes que lo apoyaron en la campaña, quienes afirmaron que más allá de lo que aquél decidiera ellos no votarían por Menem.

Estos hechos de reconocimiento de autonomía respecto a sus votantes, como asimismo los de rebeldía, ponen en evidencia que existe una relativa maduración política de algunos dirigentes, como así también del electorado que en las primeras encuestas preelectorales del *ballottage* ya hacían sentir su intención de votar por Kirchner, desdeñando a quien condujo al país al vaciamiento empresario y un aumento considerable de la desocupación a partir de programas económicos de vasallaje.

TRIUNFADORES DE LA PRIMERA VUELTA

Pese a lo que numéricamente dicen los resultados expuestos, cuatro fueron los que pueden considerarse como los que obtuvieron victorias –algunas pírricas– en la lucha electoral. Ellos fueron: a) el presidente provisional Duhalde, quien logró instalar en la segunda vuelta a su delfín; b) este último, N. Kirchner, que alcanzó el objetivo político de Duhalde con certeras posibilidades de triunfo en el *ballottage*; c) López Murphy, quien hizo una elección inesperada un par de meses antes y que se ubicó como un posible “gran elector”¹¹ para la contienda final, y d) L. Carrió, la que en una campaña proselitista con bajísimo presupuesto de gastos y recursos¹²

¹¹ Dicho esto eufemísticamente en el sentido en que tuvieron los príncipes germánicos durante el Imperio alemán del siglo XIX, quienes hacían valer caro su voto para la elección de Emperador.

¹² Se calcula que por lo que se invirtió en ella cada voto logrado le costó alrededor de unos 5 centavos –menos de dos céntimos de dólar–, una cifra ínfima comparada con el costo “invertido” por el resto de los candidatos.

alcanzó también una posición semejante a la del anterior y que le permite –tanto a ella como a López Murphy– tomar una posición expectante frente al futuro político del país.

LOS GRANDES DERROTADOS EN LA PRIMERA VUELTA

En primer lugar, C. Menem, quien pese a haber triunfado veía peligrar de modo innegable su triunfo para la segunda vuelta, ya que sabía que no ignoraba que él podía ser objeto del “fenómeno Le Pen” en aquella, tal como le ocurrió un año antes al dirigente de la extrema derecha francesa, cuando luego de entrar inesperadamente en el *ballottage* superando a la socialdemocracia, fue derrotado de modo avasallante por el voto popular, que lo percibía como un peligro para su país. Esto llevó a Menem a tomar inmediatamente la iniciativa política y a ubicarse en el centro de la escena política frente a su adversario, con acciones como la relatada en relación con Rodríguez Saá, más otras tales como asegurar al electorado que ya no aparecerían rodeándolo personajes de sus gestiones anteriores que eran cuestionados por corruptos y que contaban con una pésima imagen pública. Asimismo, en una maniobra por ganarse el favor de los que se oponían a sus proyectos económicos, modificó al equipo de asesores en la materia, asegurando que no retornaría a la ficticia convertibilidad peso-dólar que tanto perjudicó a la economía nacional. Su desesperación ante una derrota anunciada era evidente hasta para el menos advertido en temas políticos, siendo por esto objeto de bromas y chanzas por parte de los comunicadores sociales.

La segunda gran derrotada fue la izquierda en general, de la cual ya nos ocupamos en páginas anteriores y que no merece mayor atención por sus desatinos políticos internos.

El tercero fue Rodríguez Saá, que merece un detenido análisis, ya que junto a él aparece como otro derrotado el de los equipos publicistas de campañas electorales, quienes le armaron un menú de propuestas poco menos que increíble para quienes pretenden hacer triunfar a un candidato. Para comprender su derrota, cabe advertir al lector que el caudillo de una pequeña provincia nunca sufrió una derrota electoral en su distrito que lo afectara directamente a él y a la que había gobernado ininterrumpidamente durante 19 años, hasta que renunció para asumir la presidencia interina a fines de 2001.

En primer lugar, valen hacer algunas consideraciones de orden psicológico que afectan a Rodríguez Saá, cuales son su tradicional vocación por rodearse de incondicionales colaboradores que a todos sus dichos le respondió con un “sí, Adolfo”.

Esto lo transportó a una suerte de autismo político que le impidió oír aconsejamiento discordantes con sus elucubraciones personales, la que eran hechas de espaldas a la realidad que lo rodeaba para una elección nacional. Los resultados del 27 de marzo lo arrastraron –esa noche– a una depresión que hizo que prácticamente estuviera recluido 24 horas en su *bunker* de campaña provincial. Ante la demanda de Menem por su apoyo se encontró sorpresivamente con el rechazo de sus seguidores más conspicuos en el orden nacional, lo cual lo obligó a llamar a un Congreso extraordinario de su agrupación para intentar alinear a la tropa, que terminó en un fracaso, ya que esos referentes nacionales no asistieron a la reunión y, en consecuencia, se vio obligado a postergar cualquier decisión de “gran elector” para el 15 de abril, es decir, solamente tres días antes de la segunda vuelta, lo cual lo descolocaba ante la posibilidad de hacer una buena negociación con alguno de los dos contendientes.

En segundo lugar, vale acotar que en su afán por colocarse la investidura presidencial no se detuvo en realizar los más variados e insólitos pactos políticos con representantes de sectores tan disímiles como lo fueron, por ejemplo, el ex coronel “carapintada” A. Rico,¹³ a la vez que intentaba seducir a los sectores más progresistas de defensa y protección de los derechos humanos, como la organización Madres de Plaza de Mayo. Asimismo, no ocultó en poner a su lado a uno de los sectores más desprestigiados dentro del panorama nacional, cuales son los dirigentes de las organizaciones obreras formales, conocidos bajo el mote eufemístico de “los gordos de la CGT” y que –pese a su aparente poder sindical– no tienen el más mínimo arraigo ni entre los trabajadores ni en la oligarquía industrial que los ha usado durante los últimos 20 años para la desmovilización del movimiento obrero. Es decir, Rodríguez Saá intentó atraer alrededor suyo al más variado espectro político, lo cual fue un dislate ante la opinión pública que no lo pudo dejar de observar como una estrategia electoral espuria. Un viejo axioma dice que en política se deben tener amigos y también enemigos, ya que no todos pueden ser amigos porque entonces se construye una verdadera confusión indescifrable para el electorado.

En tercer lugar –y asociado con los “expertos en campañas electorales”–, cabe anotar que Rodríguez Saá presentó un programa de gobierno de 125 puntos, lo cual es una exageración desde la lectura analítica con que se lo mire. Sobre el tema, los entendidos en *marketing* político (Martínez Pandiani, 2001) advierten –con sagacidad de psicólogos políticos– que es imposible que el electorado sea capaz de retener más de tres o cuatro puntos clave de un programa político, ya que más de eso desperdiga el foco de atención de los potenciales “clientes” a los que se busca

¹³ El mismo que protagonizó desde los cuarteles un alzamiento contra el gobierno de Alfonsín y que una semana antes de las elecciones de marzo no tuvo empacho en reivindicar tal episodio.

convencer y a los que ya –desde 1960– en la campaña estadounidense entre Kennedy y Nixon se vio con claridad que son únicamente los ubicados en la categoría de indecisos, aquellos que aún no han resuelto por quién votarán y que lo harán solamente por aquel que tenga un proyecto sintético y fácil de comprender. La lectura de 125 puntos no sólo lleva el consumo de mucho tiempo, sino que también necesariamente ha de tener temas contradictorios que no son fácilmente digeribles por los electores a la hora de tomar su decisión final.

El último gran derrotado fue el pueblo –aun el que no está en condiciones de votar–, la ciudadanía toda, que no por haberla ubicado última en el análisis no ha sido el más importante estafado, sino que se le coloca aquí debido a que en el *ballottage* va a volver a ser engañado por las fuerzas políticas y económicas dominantes que lo colocan en la coyuntura de votar por “más de lo mismo”. La civilidad fue engañada nuevamente; el “argentínazo” de fines de 2001 desapareció del panorama político electoral, aunque permanece en el ánimo de la mayoría de la población esperando una oportunidad para expresarse. En la primera vuelta triunfó la trampa electoral pergeñada para colocar en el podio de los ganadores a dos representantes de los intereses antipopulares –los que estaban y seguirán estando por un tiempo más– hasta que las calles vuelvan a poblarse de gente que al batir de sus cacerolas digan ¡basta!

Para alcanzar tal objetivo se asentó en la complicidad de los ya mencionados dirigentes gremiales que hicieron “mutis por el foro” ante la licuación salarial más notable que conocieron los trabajadores con la devaluación que trajo aparejado el cambio de la dolarización por la “pesificación”. También se utilizó –desde el Gobierno– pocos días antes de la elección una rectificación en el “voto castigo” a Cuba –en la UN– como violador de derechos humanos, para así atraer votos ingenuos del “progresismo”, restándoselos a Menem que durante su gestión fue un aliado fiel a las “relaciones carnales” con EE UU. La estrategia más eficaz fue la de hacer desaparecer del escenario al “voto bronca” en reemplazo de un “voto positivo” de carácter compulsivo, como ya fuera mencionado.

28 DE ABRIL - 18 DE MAYO

Conocidos los resultados que ubicaban a los dos candidatos a disputar la segunda vuelta, fueron veinte días que transcurrieron entre el asombro apático y atóxico de la ciudadanía ante las desmedidas denuncias de fraude¹⁴ y de declaraciones

¹⁴ Hechas por el menemismo que había ganado y por Rodríguez Saá, aunque sobre todo las de los primeros no fueron nunca oficializadas ante la Justicia Electoral debido a que quien había sido filmado “comprando” votos ¡era un operador de Menem!

acusatorias de todo tipo por parte del propio Menem contra Kirchner y el gobierno de Duhalde. Asimismo puede afirmarse sin hesitación que las programaciones políticas periodísticas volcaron sus preferencias por Kirchner, aludiendo permanentemente a la solución del “mal menor” para influir sobre el electorado. Esto último no es de extrañar, pues los periodistas que trabajan de analistas políticos saben muy bien cómo se mueve la “cresta de la ola” y tratan de estar subidos a ella, más que por convicción, por el oportunismo que les ofrece el *rating*.

Las primeras encuestas preelectorales arrojaron resultados abrumadores. Algunas le dieron más de 40 puntos de ventaja a Kirchner sobre Menem y ninguna bajaba de los 30 puntos de diferencia. Esto produjo dos actitudes diametralmente diferentes entre ambos para encarar la fase final de la campaña. Mientras que Kirchner prefirió el perfil bajo y hasta se dio el gusto de hacer una visita –como si ya hubiese sido electo– a sus pares vecinos, Lula en Brasil y Lagos en Chile, Menem optó por la diatriba verbal contra sus “enemigos”, acusando a Kirchner de haber sido Montonero,¹⁵ hasta realizar una operación cosmética de limpieza del entorno de ex funcionarios corruptos que lo acompañaron en sus dos gestiones anteriores y su reemplazo por “caras nuevas” que estimaba le darían un perfil de cambio. Todo ello mostraba al electorado el nerviosismo del ex Presidente que veía un horizonte umbrío para el 18 de mayo, es decir, operaba como efecto *boomerang*, ya que hacía aflorar un sentimiento en contra de Menem –que se sondeó con anterioridad– cada vez con mayor intensidad. Esto llevó a que los dirigentes políticos de segunda y tercera línea que no apoyaron a Kirchner el 28 de abril, salieran a la palestra a manifestar su deseo de colaborar con él para el *ballottage*. Ellos tampoco querían quedarse abajo de la “cresta de la ola”.

De tal suerte se produjo un hecho inédito. Ni se discutieron programas de gobierno como tampoco ideas, solamente se escucharon diatribas por parte de Menem, mientras que Kirchner las dejaba pasar respondiendo a lo sumo que no se podía esperar otra cosa de quien sabía que iba a perder. Vale decir, nuevamente las ideas quedaron relegadas en el arcón de los recuerdos.

Inclusive, Menem fue invitado tanto por Duhalde –en un gesto político descomedido para quien debe guardar prescindencia respecto a los candidatos–, así como también por sus más cercanos allegados a que no participe de la segunda

¹⁵ Epíteto que guarda los peores recuerdos del pasado funesto vivido durante la última dictadura y por la cual muchas personas fueron muertas o desaparecidas. El autor de esta nota aclara que nunca tuvo simpatía alguna por el grupo Montoneros –organización política-militar nacida desde el peronismo “revolucionario” en la década de los setenta, con el objeto de derrotar a la dictadura encabezada por el general Onganía y provocar el retorno de Perón al país– aunque eso no quita que reconozca la persecución arbitraria de que fueron objeto (Rodríguez Kauth, 1994).

vuelta. El primero lo hizo apelando a un criterio económico para evitarle al país el gasto que supone una nueva elección, aunque a la vez afirmando el presidente Duhalde que Menem sería derrotado –como en el boxeo– por *knock out* y que sería preferible que lo fuese por abandono.

En tanto, sus seguidores se lo propusieron con la intención política de no permitirle a Kirchner triunfar con un apoyo electoral superior a 22 por ciento que ya había obtenido. Esto se hizo para que el nuevo Presidente asumiera en condiciones de debilidad política y se le dificultara su quehacer futuro. Como puede verse, el sentido patriótico de los operadores menemistas no fue precisamente el que estuvo presente en sus elucubraciones.

A todos ellos la soberbia del ex Presidente les respondió –en principio– con un rotundo no, ya que él había ganado en la primera vuelta y no tenía por qué bajarse de la competencia final, aseverando que en todo caso que lo haga el segundo. Desde el 28 de abril Menem comenzó una febril tarea para recuperar distritos electorales que creyó que le eran fieles, además de intentar tejer las más extrañas alianzas con otros sectores.

Hasta que se arribó a la mañana del 13 de abril en la que circularon fuertes rumores de que Menem no se presentaría al *ballottage*, la noticia corrió rápidamente por las agencias internacionales de noticias, llegando algunas de ellas –como lo hizo un columnista de la CNN– a afirmar que Menem había renunciado. A partir de ese momento el país vivió alrededor de 36 horas de zozobra institucional, debido a que la megalomanía de uno de los candidatos hacía que el pueblo no pudiese expresarse en las urnas para que él no fuese derrotado por primera vez en su historia política personal.

El ex Presidente era sometido a las presiones encontradas de sus más cercanos colaboradores. Por un lado, los de la “vieja guardia”, que representa lo más corrupto de sus diez años de gestión gubernativa anterior, instándole al retiro para evitar la derrota y así tener alguna expectativa política de futuro, en tanto los ingresados por la operación cosmética señalada preferían la derrota a la huida y lo apremiaban a seguir en campaña. A los primeros se unieron caudillos del interior que le habían dado su apoyo el 29 de abril y que veían peligrar –por la avasallante derrota del menemismo– sus posiciones expectantes para las elecciones provinciales que se sucederán hasta octubre para la renovación de sus mandatos.

Luego de largos cabildeos y especulaciones de lo más variados tonos en el entorno menemista, el viejo caudillo se retiró a la mañana siguiente a su reducto en La Rioja, desde donde anunciaría su decisión final, mientras tanto arengaba a sus

seguidores con una vaga respuesta de *no los voy a defraudar*. La espera continuó hasta poner “nervioso” a Kirchner que —antes de conocerse la resolución definitiva de su contrincante— convocó a una conferencia de prensa en la que acusó a Menem de cobarde debido a que huía del campo de lucha. Pareció que era lo que esperaba Menem para hacer un anuncio televisivo —grabado con anterioridad—, donde anunció que se retiraba de la segunda vuelta y llamando a la unidad de la ciudadanía; pero en una franca contradicción con esto acusaba al gobierno de parcialidad manifiesta y que en realidad las elecciones habían sido fraudulentas desde un principio: sin dejar de acusar a la prensa de haber orquestado una campaña en su contra, a la vez que insistía en que Kirchner asumiría con sólo el 22 por ciento de los votos, mientras que él se quedaba *con el pueblo*. Inclusive, en el texto de marras comparó su renuncia con el acto de renunciamiento de Eva Perón en 1951 a la candidatura de Vicepresidente de la República, olvidando que aquella renunció siendo una segura triunfadora y ante dos millones de simpatizantes, en tanto que él lo hacía ante la certeza de la derrota, algo insoportable para su ego acostumbrado al triunfo. La derrota era previsible en función de múltiples estudios demoscópicos que mostraban que Menem contaba con una alta repulsa del electorado y, consecuentemente, el triunfo de Kirchner era previsible.

Con la renuncia de Menem se produjeron dos hechos históricos que colocan a Argentina como un país de récords insólitos. Uno de ellos está referido a que es la primera vez en la historia electoral mundial que un triunfador en la primera vuelta se retira del *ballottage*. Ni siquiera Le Pen —segundo en la primera vuelta— lo hizo cuando las encuestas le mostraban que habría en la segunda una avalancha de votos en favor de Chiriac. El segundo hecho es de orden local y se encuentra en la profunda herida que se le produjo a las instituciones republicanas al no aceptar Menem las leyes de juego político cuando previamente se participó de ellas. Esto es, valiéndonos de una metáfora futbolística, algo así como cuando las hinchadas están festejando tranquilamente en las tribunas el triunfo de su equipo, pero en cuanto el partido da un giro y se convierten en perdedores, entonces arrojan cuanto elemento tienen a su alcance sobre el campo de juego y, por supuesto, el árbitro del partido es el principal responsable de lo que ocurre. Más allá de lo metafórico, el episodio fue lamentable, tanto en lo formal como en lo sustancial, ya que nuevamente Argentina se convierte en uno de los países más imprevisibles en cuanto a su estabilidad institucional.

EL FUTURO INMEDIATO

A partir de este episodio al país se le presentan diferentes escenarios políticos, económicos y sociales. Por un lado, es falso sostener que Kirchner tendría una

legitimidad plena si hubiera sido avalado por más del 60 por ciento del electorado en el *ballottage*. La realidad indica que solamente cuenta con el 22 por ciento original; los otros hubieran sido votos prestados por la fuerte repulsa que generaba Menem. Más que votar por el nuevo Presidente, se lo haría contra Menem. Sin embargo, esto no quita que la legitimidad pueda alcanzarse por otras vías, como es comenzar una etapa de renovación política que el pueblo viene reclamando desde diciembre de 2001, a lo que ha de añadirse la puesta en marcha de un plan económico que responda a los intereses del pueblo llano y no al de los acreedores externos. Esto no significa entrar en cesación de pagos, sino simplemente ordenar un plan de prioridades políticas y económicas que apunten a solucionar los problemas sociales sin descuidar el necesario reclamo por la “deuda odiosa” (Rodríguez Kauth, 2002c).

Son tareas difíciles pero no imposibles si se las asume con la responsabilidad que la grave situación por la que se atraviesa en el orden de lo social requiere. Lo expuesto se le facilitará a Kirchner si se desprende de las ataduras que lo unen a la actual conducción política, es decir, Duhalde y su entorno. Lo que no quiere decir que la presencia del entonces Ministro de Economía –Roberto Lavagna– en su próximo gabinete no le sea de utilidad, ya que se trata de una persona que ha sabido enfrentar a los organismos transnacionales de crédito, en particular al FMI y al BM, y –aunque parezca mentira– se ha ganado el respeto de aquéllos.

Una medida que debiera tomar el nuevo Presidente es llamar de inmediato –en un plazo de no más de 60 días– a una Convención para la reforma de la Constitución, la que debiera dar por finalizados los mandatos de los congresistas y poner en Comisión al cuestionado Poder Judicial e, incluso, en una resolución extrema dar por finalizado el mandato de Kirchner, convocando a nuevas elecciones generales. Esto, sin dudas, que le haría ganar el favor popular saliendo seguro triunfador de una nueva compulsión, a la par que le permitiría gobernar con un Congreso libre de políticos de la vieja guardia, de los cuales su inmensa mayoría se encuentran cuestionados como corruptos, algo que sucede también con el Poder Judicial.

En cuanto a Menem y su entorno, ya se los puede considerar como “muertos” políticos, por eso no es extraño que más de uno de aquellos que lo rodearon hayan huido de su lado, tal como lo hacen las ratas, cuando vieron la catástrofe que se le avecinaba y que los arrastraría en el hundimiento. En lo que se refiere a Duhalde, lo mejor que éste podría hacer –como hacen suponer algunas declaraciones suyas– es retirarse de la vida política en un auténtico gesto de renunciamento.¹⁶

¹⁶ Que ya los ha tenido, como fue su negativa a presentarse como candidato en las elecciones de 2003.

El resto de lo que podamos agregar aquí serían especulaciones de sillón, a las cuales no soy afecto. Solamente el devenir de los hechos podrá dar cuenta del futuro mediato e inmediato de Argentina. Resta agregar que el presidente Kirchner –y su equipo gubernamental– se han ganado una creciente credibilidad entre la población, fundamentalmente por su quehacer en desatar y poner ante la faz pública los nudos de corrupción –política, económica y social– que han conducido al país a la situación crítica que vive, por lo cual el clima social que se atraviesa es de esperanza en un futuro mejor.

BIBLIOGRAFÍA

DE PIERO, S. (2003). “Discursos electorales”. *Encuentro*, n° 6, pp. 71-81, Buenos Aires.

ELIADE, M. (1949). *El mito del eterno retorno*. Buenos Aires: Emecé, 2001.

FALCÓN, M. y RODRÍGUEZ KAUTH, A. (2003). “El Gobierno de la Alianza en Argentina: una búsqueda inconsciente del fracaso”. *Castalia*, n° 3, pp. 88-106. Santiago de Chile.

FRAZER, J. (1911). *La rama dorada*. México: FCE, 1944.

GRAMSCI, A. (1949). *La política y el Estado moderno*. Barcelona: Planeta, 1985.

HALPERIN DONGHI, T. (1994). *La larga agonía de la Argentina peronista*. Buenos Aires: Ariel.

INGENIEROS, J. (1913). *El hombre mediocre*. Buenos Aires: Mar Océano, vol. 7, O.C., 1962.

LUNA, F. (1993). *Breve historia de los argentinos*. Buenos Aires: Planeta, 1997.

MAJUL, L. (2002). *La Iluminada*. Buenos Aires: Sudamericana.

MARTÍNEZ PANDIANI, G. (2001). *Marketing político*. Buenos Aires: Ugerman Editor.

PAZ, G. (1998): “Un camino difícil”. *Tesis II Internacional*, 2002, pp. 14-15. Buenos Aires.

ÁNGEL RODRÍGUEZ KAUTH

PEREYRA, S. (2002). "La política y las cacerolas, ¿va a constituirse el cacerolazo en acción". *Idea*, n° 36, pp. 24-30, San Luis.

RODRÍGUEZ KAUTH, A. (2003). *Lecturas sociopolíticas de los últimos diez años*. Buenos Aires: E-libro.net.

_____ (2003b). *El miedo, motor de la historia individual y colectiva*. Madrid: Eurotheo, Universidad Complutense.

_____ (2002). "Elecciones parlamentarias en Argentina 2001". *Rev. Idea*, n° 38, pp. 46-61, San Luis.

_____ (2002b). "La crisis que se vive en Argentina". *Debates*, n° 77, pp. 146-170, Valencia.

_____ (2002c). "Un concepto olvidado: el de la "deuda odiosa". *Revista de Ciencias Sociales*, vol. VIII, n° 2, pp. 347-359, Maracaibo.

_____ (2000). *El discurso político (La caída del pensamiento)*. Buenos Aires: Espacio.

_____ (1994). *Lecturas psicopolíticas de la realidad nacional desde la izquierda*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

SVAMPA, M. y PEREYRA, S. (2003). *Entre la ruta y el barrio*. Buenos Aires: Biblos.